

FOLLIES

¡VIVAN LAS VARIEDADES!



VICKY PEÑA / CARLOS HIPÓLITO
FOTO: ROS RIBAS

Muchos años ha tardado en llegar a España *Follies*, estrenada en Broadway en 1971. Nada menos que cuarenta. Otros musicales más recientes que están en la memoria de todos no han tenido que esperar tanto para sentar plaza en los teatros de la Gran Vía y convertirlos en sucursales de las grandes productoras neoyorquinas. Seguramente hay razones que justifiquen tamaño retraso, pero quizá no sea el momento de buscarlas, aunque no sería difícil. El asunto tratado no está, quizás, entre los preferidos del público español, más dado a la espectacularidad de los efectos especiales y a las historias protagonizadas por animales humanizados o que cuentan, entre sonrisas y lágrimas, amores desgraciados con final feliz. Lo que importa es que ha llegado al fin a uno de nuestros grandes escenarios y, sobre todo, que lo ha hecho en una puesta en escena que desdeña las franquicias, esa moderna forma de explotación comercial de los espectáculos, propia de un mundo cultural globalizado que reduce a muy poca cosa la creatividad de nuestros artistas. No es casualidad ni milagro que este musical arrevistado escape a tan nefasta dictadura. El mérito es de Mario Gas, que vuelve a un

género que le es muy querido y lo hace con la obra de uno de sus indiscutibles maestros,

Stephen Sondheim

, de quien, en el pasado, dirigió algunos otros musicales, entre ellos,

con enorme éxito,

SweeneyTood

.

Follies es un homenaje al mundo de las variedades y la revista. La acción transcurre en un viejo teatro que, tras años de permanecer cerrado, va a ser demolido para construir, en su solar, un garaje. Es el signo de los tiempos. Antes de que la piqueta eche abajo sus paredes, el empresario que rigió su destino convoca a una fiesta de despedida a quiénes pasaron por su escenario. Acuden todos, pero ya no son lo que eran. Los años no han pasado en balde y las esculturales estrellas y los apuestos galanes han devenido en ancianos llenos de achaques y de recuerdos. Cuesta trabajo admitir su declive, pero lo disimulan cuanto pueden. Algunos aparentan ser los de antes y a veces lo consiguen, pero, al menor descuido, se les ve el plumero. Otros, no están para fingimientos y se sinceran.

Las conversaciones se entrecruzan y van tejiendo un espectáculo que, poco a poco, se convierte en un revival de los que se representaron allí.

James Golmand

ha construido, a partir de esos mimbres, un libreto que sigue al pie de la letra los preceptos establecidos para la modalidad teatral que nos ocupa, en el que se engarzan con naturalidad y sin necesidad de justificar su oportunidad los números musicales. Sabiamente dosificada su cadencia, están dónde tienen que estar. A nadie se le hurta su momento de lucimiento y todos sacan buen provecho de él. Diálogos, bailes y canciones discurren con fluidez, a la que contribuye la buena traducción de Roser Batalla y Roger Peña.

No falta en

Follies

una historia de amor. En este caso, lo es de celos, de frustraciones artísticas, de rutina y aburrimiento, de ocasiones perdidas, de arrepentimientos y de dudas mal resueltas, protagonizada por dos matrimonios que no cuajaron, porque Cupido se equivocó a la hora de organizar los emparejamientos. Quiso el dioscecillo burlar la norma de que los ricos se casan con los ricos y los pobres con los pobres y el invento no le salió como quería. Suele acabar bien en la ficción, pero más raramente en la vida real. Las consecuencias del error se hacen evidentes durante el reencuentro de sus protagonistas y ahí vienen los lamentos, los mutuos reproches, las burlas crueles, los vanos intentos de empezar de nuevo lo que ya no tiene vuelta de hoja. Son disputas tristes y melancólicas entre ancianos empeñados en no parecerlo, aunque su ridículo se hace más evidente por obra y gracia de los flash-back que las interrumpen para mostrarnos a los mismos personajes cuando eran jóvenes y soñadores.

Mario Gas ha hecho un excelente trabajo. El esplendor de la primera escena, una especie de preludio interpretado a media luz por esculturales vedettes cubiertas de plumas y lentejuelas, es la mejor carta de presentación que podía tener el espectáculo. Es el anuncio de una velada deliciosa. Lo que sigue, confirma las expectativas. El lujo propio de la gran revista y el buen gusto están presentes de principio a fin. A ello contribuye el vestuario diseñado por

Antonio Belart

y una escenografía, debida a

Juan Sanz

y

Miguel Ángel Coso

, que evoca los tiempos gloriosos del local, sin negar su decadencia. La iluminación de

Paco Ariza

proporciona, a cada situación, la envoltura adecuada. La otra, la musical, surge del foso y nos cautiva, mérito de una orquesta de dieciocho profesores dirigida con brío y desenfado por

Pep Pladellorens

Un elenco de casi cuarenta intérpretes entra y sale del escenario continuamente. Cuando lo llena, se mueve por él con soltura, sin estorbarse. A la hora de desalojarlo para dejar paso a escenas de contenido intimista, lo hace con sigilo, sin que casi nos demos cuenta. Lograr ese delicado equilibrio entre lo coral y las situaciones protagonizadas por unos pocos personajes, no está al alcance de cualquiera. Es otro punto en el haber de Mario Gas, pero a juicio de este crítico, su aportación más destacable es previa a su trabajo de puesta en escena. Hablo de la confección del reparto. Tratándose de un musical, ha tenido el atrevimiento de apostar por actores de acreditado prestigio, pero que jamás o muy pocas veces han cantado en público. Sucede con **Vicky Peña** y **Carlos Hipólito**. En alguna ocasión, el riesgo asumido ha sido mayor, pues a la falta de experiencia en el ámbito de la canción y del baile, había que añadir la elevada edad de los intérpretes. Para ejemplo, un botón:

Asunción Balaguer

supera con creces los ochenta años. Todo un reto. Su interpretación de

Soy corista

provoca el delirio del público.

Gas

ha ido más allá, pues no ha dudado en enfrentar, en el mejor sentido del término, a estos recién llegados al musical con profesionales con muchos años de vuelo, alguno oportunamente

rescatado para la ocasión, como es el caso de

Massiel

. Unos y otros se reparten la veintena de canciones que incluye la función y todos, sin excepción, son aclamados por un público rendido.

Ojalá algún día aparezca un **Mario Gas** que rinda un homenaje parecido, aunque sea de hechura más modesta, a alguno de nuestros antiguos teatros de variedades. ¿Por qué no al barcelonés **Molino** dirigido por el empresario **Francisc**

o Serrano

y por el que pasaron los inolvidables

Merche Bristol

,

Gardenia Pulido

,

La Bella Dorita

,

Lita Clavel

“

La Maña

”

,

Christa Leem

,

Pipper

,

Negrito Poly

y el gran

Johnson

?

Follies. Sondheim. M. Gas. Crítica

Escrito por Jerónimo López MozoFollies. sondheim. B. Gas. Crítica

Domingo, 04 de Marzo de 2012 15:20 - Actualizado Miércoles, 29 de Agosto de 2012 18:26



FOTOS: ROS RIBASÁNGEL RUIZ / MARTA CAPEL / TERESA VILLACROSA

[Más información](#)

[Follies. Sondheim. M. Gas. Entrevista](#)

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

Copyright©lópezmozo



Teatro Español

Aforo: 760

Director: Mario Gas

C/ Príncipe, 25

28012- Madrid

Concejalía de las Artes

Ayuntamiento de Madrid.

Tf. 91 3601484

Metro: Sevilla y Sol

Parking: Pz. Santa Ana,
Pz. Jacinto Benavente y Sevilla.

<http://www.munimadrid.es>

Entradas: Sucursales de la Caixa de Cataluña
y Tel-entrada (24 horas) 902 10 12 12